

LOS MILAGROS DE LA VIRGEN DE LA CANDELARIA DE COPACABANA EN LA MINERÍA COLONIAL DEL ALTO PERÚ DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Enrique Orche

E.T.S. Ingeniería de Minas. Universidad de Vigo, Lagoas-Marcosende, 9; 36200 Vigo. eorche@uvigo.es

RESUMEN

El presente trabajo relata siete milagros atribuidos a la Virgen sucedidos en labores mineras del Alto Perú colonial, de 1590 a 1698, con especial atención a las minas de plata de Potosí (Bolivia). Estos sucesos constituyen una muestra de patrimonio minero intangible apenas divulgado.

PALABRAS CLAVE: Milagro, minería, patrimonio, Potosí, virgen.

ABSTRACT

The present work reports seven Virgin's miracles happened in mining in colonial Alto Peru from 1590 to 1698, paying special attention to silver mines of Potosi (Bolivia). These events may be considered an example of scarcely known intangible mining heritage.

KEY WORDS: Heritage, mining, miracle, Potosi, virgin.

INTRODUCCIÓN

La creencia en que ciertas situaciones personales de riesgo se han resuelto favorablemente debido a la intervención divina ha sido una constante en la historia de la Humanidad. La minería en la América colonial hispana, como actividad peligrosa que era, no podía sustraerse a esta tendencia cultural. De hecho, han llegado a nuestros días algunos testimonios de la época que relatan pormenorizadamente sucesos cuya resolución se explica mediante una participación sobrenatural. De ellos, por su interés, se rescatan del olvido siete de estos casos milagrosos que están relacionados con accidentes de la minería, ocurridos entre 1590 y 1698. Todos tienen por protagonista a una de las vírgenes coloniales más milagreras, Nuestra Señora de la Candelaria de Copacabana; su santuario, situado en las orillas del lago Titicaca (Bolivia) data de 1583, y ocupa el lugar de un antiguo ídolo preincaico del que toma el nombre. Estas historias constituyen en sí mismas un patrimonio minero intangible apenas divulgado.

Para comprender suficientemente la situación que rodea a los hechos que se relatan, se comenta muy brevemente el trabajo en las minas coloniales y su peligrosidad y se explican los orígenes de la imagen de la Vir-

gen y de su santuario, en sí mismos casi milagrosos por las peripecias que ocurrieron.

EL LABOREO EN LAS MINAS COLONIALES

Los trabajos mineros coloniales se desarrollaban en galerías estrechas, muchas veces de tan reducida sección que obligaba a los mineros a permanecer agachados. El ambiente era oscuro, pulvígeno y, muchas veces, ruidoso (Orche, 179-196; Serrano, 121-142). La mayor parte de los minerales era extraída por minería subterránea pues las explotaciones a cielo abierto se prohibieron a causa de los frecuentes derrumbes de los taludes, que causaban graves accidentes. Una vez arrancado el mineral y sacado de la mina, se llevaba a unas instalaciones especiales, denominadas ingenios, en las que mediante amalgamación con mercurio se separaba el metal. Tanto en la mina como en los ingenios, el trabajo ocupaba a muchos obreros indígenas. En ambas instalaciones el ritmo de trabajo impuesto por los dueños, casi siempre españoles, y la propia naturaleza del mismo, efectuado en lugares inseguros, ocasionaban una permanente presencia de situaciones potencialmente peligrosas para los nativos. Por estas razones, los

accidentes eran relativamente frecuentes, a veces con numerosas víctimas.

Dicha situación se prolongó desde la década de los setenta del siglo XVI, con la imposición de la mita por el virrey Toledo, hasta la llegada de la independencia y la época republicana en la que apenas mejoró.

En este contexto en el que los accidentes graves y muy graves no eran raros, cuando ocurría alguno de relevancia sin que se produjeran las lógicas víctimas mortales, la única manera de explicarlo era apelando a la intervención divina. ¿A quién atribuir estos divinos favores?

Con la llegada de los españoles al Perú, la Iglesia fomentó la creencia de que Jesús, la Virgen y los santos cristianos ayudaban a los fieles creyentes en momentos difíciles. Por sus connotaciones maternas, la Virgen era especialmente venerada y muchas fueron sus advocaciones. La Virgen de la Candelaria de Copacabana fue una más de ellas hasta que los hechos extraordinarios que rodearon su entronización la hicieron destacar de las demás, y el tiempo fue rápidamente acrecentando su fama de milagrera. De esta forma, en muy pocos años, la Virgen de la Candelaria de Copacabana se convirtió en protagonista de multitud de hechos sobrenaturales, entre los cuales merecen especial mención los que hacen referencia a los accidentes mineros, que no son abundantes pero sí notables.

La historia de esta advocación de la Virgen es digna de ser referida, tanto por la significación del lugar en donde se ubica su santuario (Copacabana, actual Bolivia) como por las peripecias sufridas por la imagen primitiva hasta que fue entronizada en 1583 (Calancha y Torres, 108-217). De ello se ocupa el capítulo siguiente.

LA VIRGEN DE LA CANDELARIA DE COPACABANA

En la época preincaica existía en la actual isla del Sol, en la parte sur del lago Titicaca, un adoratorio en el que los indígenas ofrendaban al astro rey oro, plata, plumas, conchas y otras dádivas, y se le ofrecían sacrificios humanos. El acceso a la isla se hacía en balsas desde Empipada, lugar situado en extremo más próximo de la península (hoy denominada de Manco Capac), que se adentra en el lago en dirección a dicha isla. Para llegar al citado embarcadero debía penetrarse en la península por Yunguyo, situada en el estrecho istmo que la separa del continente y, seguir el camino que bordeaba la costa por el norte. En un punto intermedio del trayecto se encontraba un ídolo de piedra azul con cabeza humana y cuerpo de pez, denominado Copacabana (Kota Kahuña, Copa Kaguana), que era adorado como dios del lago y criador de peces. El nombre del ídolo significa "lugar donde se ve la piedra preciosa", quizás haciendo referencia al material con el que se había construido la imagen o, quién sabe, si a que desde su

adoratorio se podía divisar el ara de sacrificio de la isla del Sol.

Tras la llegada de los incas, el emperador Tupac Yupanqui visitó el santuario isleño y construyó un poblado en las inmediaciones del altar ceremonial, en cuyo interior ubicó un palacete al que dotó de riquísimo erario. Esta visita transformó el adoratorio en el más célebre del imperio inca, acudiendo a él gentes de las más lejanas provincias para pedir mercedes al Sol. Con el paso del tiempo, en el entorno del ídolo de Copacabana se había ido desarrollando un pequeño asentamiento que proporcionaba lugar de descanso a los peregrinos que viajaban a la isla. Tras su visita al santuario y por razones no bien conocidas, Tupac Yupanqui trasladó a los habitantes de Copacabana al vecino Yunguyo, sustituyéndolos por indios de cuarenta y dos naciones sometidas al imperio, aportando cada una un número determinado de familias a fin de atraer a peregrinos de las distintas etnias, lograr más seres humanos para los sacrificios rituales y engrandecer las celebraciones y cultos dedicados al Sol.

Con la llegada de los españoles al Perú, se asignó a los dominicos la evangelización del territorio inmediato al lago Titicaca. Una de sus medidas fue colocar un clérigo doctrinero en Copacabana a fin de reforzar la presencia del espíritu católico en esa zona tan sagrada para el ideario incaico. En estos años iniciales de presencia hispana en el Perú se dio la circunstancia fortuita de que, en cada mes de febrero, tiempo en que los indios comenzaban las sementeras, fueran frecuentes las heladas que destruían las plantas recién brotadas. Las parcas cosechas que se obtuvieron estos años ocasionaron grandes hambrunas y la marcha de los cabezas de familia del poblado a otros lugares en busca de sustento. Ante esta dramática situación, los indios gobernantes de Copacabana, aconsejados por el doctrinero, determinaron apelar a la ayuda celestial valiéndose de algún santo que les fuese intercesor. En respuesta a dicha iniciativa sucedió que la población de etnia urinsaya trató de que se fundase una cofradía en honor de San Sebastián, mientras que los indios Anansayas propusieron honrar a la Virgen María bajo la advocación de la Candelaria, cuya festividad se celebraba el 2 de febrero, mes en el que ocurrían las heladas. La pobreza de Copacabana no podía sufragar los gastos de mantener las dos cofradías y el tiempo transcurría sin que los partidarios de uno y otra llegasen a un acuerdo, entablándose entre ellos pugnas cada vez más enconadas para decantar la elección del intercesor celestial a su favor. Los habitantes de Copacabana intentaron sosegar a los dos bandos pero, ante lo irreconciliable de sus posturas que amenazaba alterar la paz del poblado, decidieron finalmente que no se llevase a la práctica la idea y, por tanto, que ambas partes renunciaran a crear su cofradía.

En este estado de cosas, Francisco Tito Yupanqui, descendiente de la realeza inca y muy devoto de la Virgen, anhelaba ver en el altar de la iglesia del pueblo una imagen de Nuestra Señora. Como no tenía dinero para comprarla, modeló una de barro de algo menos de un metro de altura que le salió fea, tosca y desproporcionada pues Francisco carecía de conocimientos escultóricos. A pesar de ello, la imagen fue colocada por el cura en un lateral del altar, no se sabe si por consolar al indio o porque entonces había muy pocas imágenes sagradas en las iglesias; el caso es que, frente a la desesperación de Francisco por su desconocimiento en pintura y escultura y no tener dinero para comprar una nueva imagen, los cristianos de Copacabana pedían que se quitase la Virgen porque era causa de risa para los no convertidos. Sin embargo, allí estuvo un año y medio hasta que llegó un nuevo cura doctrinero el cual, tras ver su lamentable aspecto, la sacó de la iglesia y la colocó en un rincón de la sacristía.

Entristecido Francisco al ver el destino de su obra, y deseoso de hacer una nueva imagen de la Virgen, se fue a Potosí con un hermano suyo para aprender artes plásticas en un taller de la villa. Tras modelar numerosas esculturas tan poco estéticas y realistas como su obra inicial, el 4 de junio de 1582 empezó a tallar la que sería su última imagen, en madera de maguey, material ligero y de color negruzco. No obstante, a pesar de su infatigable buena disposición y sus esfuerzos, Francisco sólo fue capaz de construir una figura que, al igual que la primera, provocaba burla y no devoción allí donde la mostraba. En esta misma época, el cacique de Copacabana, Alonso Viracocha Inga, que era anansaya y devoto de la Virgen, llegó a Potosí para seguir el desarrollo del trabajo de Francisco; viendo que tenía la imagen terminada decidió, por su cuenta y riesgo, trasladarse a Chuquisaca (actual Sucre) para solicitar al Obispo autorización para crear la cofradía de la Candelaria. Con objeto de apoyar su petición, tomó prestada la última creación de Francisco que mostró en Chuquisaca, en donde la vista de la imagen provocó la misma reacción negativa que en Potosí. A pesar del rechazo general a la escultura de la Virgen, el cacique obtuvo del Obispo, no sin grandes dificultades, la licencia para fundar la cofradía a ella dedicada. Una vez devuelta la escultura a su autor, el cacique retornó a Copacabana, en donde expuso a la población en general y a los urinsayas en particular, los grandes apuros que había pasado para lograr el permiso del Obispo, y que Francisco había modelado una aceptable imagen de la Virgen que podía ser traída al pueblo desde Chuquiabo (actual La Paz) a donde, a la sazón, la había llevado el bisoño escultor para que un especialista la dorara y puliera su mejorable aspecto. Los opositores aceptaron a duras penas la fundación de la cofradía de la Virgen renunciando a la suya propia, pero no consintieron de ningún modo que la Virgen fuera

la modelada por Francisco, exigiendo una nueva imagen que fuera contratada a un escultor español o adquirida en Lima o en España, pues argumentaban que no era justo que la primera advocación que se fundaba en el pueblo tuviese la imagen de quien en Potosí y en Chuquisaca hacían todos burla. A la vista del revuelo ocasionado, Alonso no tuvo más remedio que aceptar estas condiciones y escribió a Francisco aconsejándole que vendiese la imagen ya que los urinsayas no querían ver ninguna obra suya.

Enterado Francisco, inició tratos con diversas comunidades indias interesadas en la escultura de la Virgen hasta que dicha situación llegó a oídos de Jerónimo Marañón, corregidor de Copacabana, que en ese momento estaba en Chuquiabo. Enterado de que la imagen había sido esculpida para el pueblo bajo su tutela, dio orden de suspender la venta, comprometiéndose con Francisco a que sería admitida en Copacabana pues consideró que la imagen era razonablemente bella y no había ninguna otra en el pueblo. Estaba también en Chuquiabo Diego Churatopa, cabeza de los discrepantes urinsayas, el cual, vista la imagen y la firme determinación del corregidor a la que no podía oponerse, decidió llevarla él mismo en persona a Copacabana. A tal fin aprestó diez indios y, sobre unas andas que para el efecto mandó hacer, salieron con ella de la ciudad. Llegada la comitiva a la orilla oriental del lago Titicaca, atravesaron el estrecho de Tiquina en balsa, quedando la imagen depositada algunos días en la iglesia de la aldea de San Pedro por iniciativa del cura del lugar. Estando allí fueron a verla algunos urinsayas de Copacabana, que insistían en que no la querían por ser obra de Francisco considerándola apenas digna de estar en la aldea de San Pedro pero nunca en su pueblo. Ante esta situación conflictiva que le enfrentaba a sus administrados, Diego Churatopa decidió abandonar el asunto, volviendo a Chuquiabo.

Estando próxima la fecha del 2 de febrero, fiesta de la Candelaria, creía el corregidor Marañón que la imagen se encontraba ya en Copacabana preparada para ser colocada dicho día en el altar de la iglesia. Por tal motivo, emprendió viaje llegando a San Pedro el 1 de febrero, en donde se enteró que la Virgen estaba todavía allí. Informado de las causas de esta situación, reprendió con aspereza a los urinsayas y encargó que viniera una comitiva de indios de Copacabana para que la trasladara rápidamente al pueblo ya que al día siguiente había que sacarla en procesión.

Llegada la comitiva, la Virgen fue llevada en andas a Copacabana sin que nadie se explicara cómo los indios hicieron el camino de ida y vuelta con tanta rapidez, atribuyéndolo todos ellos a un milagro de Nuestra Señora.

Cuando la Virgen llegó a las afueras del pueblo salieron a recibirla el cura, el corregidor, los caciques y los

nobles indios de sangre real. Una vez cambiada la imagen a unas andas más apropiadas a su condición divina, emprendieron la entrada a Copacabana en procesión. El corregidor iba delante de la Virgen llevando el guión, que era una vara larga rematada con una cruz de bronce muy pesada. En determinado momento, a causa de estar mal sujeta, la cruz se desprendió cayendo sobre la cabeza del corregidor; los presentes, asustados por el tremendo golpe, se acercaron para atender al presunto descalabrado y ver el daño que había sufrido, pero no apreciaron en él ni heridas ni rastro de dolor a pesar del tamaño y peso de la cruz y de la elevada altura desde la que había caído. Conocido inmediatamente este hecho, que sucedió a la vista de todos y en día tan señalado, se atribuyó a un milagro de la Virgen que de esta forma agradecía al corregidor haberla llevado a Copacabana.

La Virgen entró en el pueblo a la hora de la Misa Mayor, el 2 de febrero de 1583, siendo depositada en el altar de adobe de la iglesia. Habían trascurrido ocho meses desde que Francisco iniciara el tallado de la imagen en la lejana Potosí.

A la vista de la Virgen, los urinsayas confesaron que la hermosura con que la vieron entrar fue la que les robó los corazones para deseársela servir, haciéndose toda la población cofrade.

Muy pronto, en ese mismo 1583, se le empezaron a atribuir a la Virgen de la Candelaria de Copacabana nuevos milagros y curaciones y el santuario comenzó a recibir la visita de innumerables peregrinos.

La fama de milagrera de la Virgen de la Candelaria de Copacabana rápidamente trascendió a otros lugares como Potosí, en donde numerosas iglesias albergaron imágenes de ella. No todas eran igual de milagreras, de manera que los fieles invocaban a la imagen depositada en una u otra iglesia, según sus preferencias. Los templos potosinos con imágenes de la Candelaria eran los siguientes:

- Iglesia de San Agustín: la imagen depositada en esta iglesia se conocía como la Virgen de la Candelaria de Copacabana pues fue traída del propio santuario. También se le nombraba Virgen de las Aguas por su intercesión en la muy necesaria caída de lluvia apenas llegada la imagen a la villa. Esta Virgen era considerada muy milagrera.
- Iglesia de San Pedro: se le atribuye el primer milagro en 1616. Era muy milagrera con los moradores de la Villa Imperial, fueran españoles o indios, y especialmente con los mineros del Cerro Rico de Potosí.
- Iglesia de San Martín: la imagen fue tallada en 1650, siendo milagrera para españoles e indios.
- Parroquia de Copacabana: muy milagrera con los indios mineros del Cerro Rico.
- Iglesia de Jerusalén.
- Iglesia de San Roque.

A continuación se relatan algunos milagros atribuidos a la Virgen de la Candelaria de Copacabana sucedidos en las labores mineras del Alto Perú colonial entre 1590 y 1698.

LOS MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA DE COPACABANA

La relación se inicia con un accidente subterráneo en Potosí, ocurrido en el año 1590, que afectó a cien indios y un español, siendo salvados todos por invocar insistentemente a la Virgen (Calancha y Torres, 342-343):

En este mismo año de 1590 estaban cien indios cavando una mina en el cerro de Potosí. Asistía con ellos un minero español obligándoles a trabajar, mejor diremos a morir, pues por no reparar los daños y prevenir los peligros, o por la codicia de sacar aprisa los metales, caen las minas y perecen cada día los miserables indios en los socavones. Cayó la mina, que la menos honda tiene cien estados¹, y enterró los cien indios y al español. Cuando se derrumbaba la inmensidad de peñascos y piedras, alzó la voz uno y dijo: "Válgame la Virgen de Copacabana". Ella, por la mano de ángeles, detuvo aquel gran promontorio de peñascos, transformando en bóveda lo que fuera sepultura. Estaban las piedras como en el aire, sin otra sujeción que la omnipotencia. Esto, si les aprovechó para no acabar estrellados no les podía sustentar vivos, porque ni tenían por donde les entrase un aliento de aire ni un rayo de luz; y así, fue necesario un segundo milagro, o agrandar el primero, para conservarles la vida y alentarles la esperanza. Todos sin cesar llamaban a la Virgen de Copacabana y a todos oía la Reina de la gloria. Los veedores del cerro y los dueños de la mina disponían apartar los desmontes y la piedra derrumbada, no para sacarlos vivos, sino para sacar los que estaban encerrados para enterrarlos. Estas ansias crecieron al cabo de siete días, pues no hallando sitio ni sendero por donde pasar adonde estaban los enterrados, veían que si apartaban un trecho, o caía o se tapaba otro. Todo lo dispuso la Virgen para que al cabo de ocho días saliesen vivos, sanos y sin golpe de herida, para que todos conociesen que Ella detuvo la inmensa mole de peñascos y piedras para que no los moliese; que fue para ellos aire vital que les daba aliento para que no se ahogasen, agua y comida para que con la hambre y sed no pereciesen. Sacólos del calabozo de la muerte o del entierro de la vida donde se vieron enterrados antes de muertos. Cuando la multitud de españoles e indios que habían concurrido al fracaso vieron al español y a todos los cien indios tan sanos y tan ileso, al cabo de ocho días de enterrados, pensaban que era sueño lo que veían o patraña lo que se había dicho. Pero lo que la admiración juzgaba impo-

sible hizo (cuando oyeron a los desenterrados que se habían encomendado a la Virgen) que se quedase la admiración en el milagro, y la dificultad se facilitase por el dueño. Salieron diciendo a voces cómo la Virgen de Copacabana, a quien habían llamado, les había defendido conservándoles la vida contra el furor de los peñascos, contra el ahogo de la respiración y contra la violencia de la hambre.

Un nuevo accidente, esta vez individual, sucedió en el año 1603 y muestra el peligro de trabajar en las plataformas de madera a gran altura sobre el suelo. También esta vez el accidentado resultó indemne por haber invocado a la Virgen (Calancha y Torres, 424-425):

En las minas de Turco, en la nombrada Veta de los pobres, trabajaban unos indios por cuenta de Pedro Rodríguez Romero. Uno estaba trabajando cuatro estados² debajo de tierra, sobre una plataforma de troncos de madera gruesa. Desde ella hasta lo bajo habría veinte estados³. Hundióse toda aquella parte desde la haz de la tierra, y cayó al fondo el miserable indio, bajando tras él gran cantidad de piedra y multitud de peñascos. Cuando no lo matara el caer veinte estados en peña viva y por entre peñas y puntas de peñascos, lo hiciera trozos el caer sobre el triste tanta tierra, tanto metal y tanta peña. En dos días no pudieron sacarlo, o por falta de traza, o de instrumento, o de piedad. Pasados estos dos días, se dispuso el sacarle para enterrarlo. Llegaron al fondo después de haber desmontado un promontorio y hallaron al indio recogido debajo de dos piedras grandes que hacían un hueco. Viéronle vivo y no lastimado; halláronle alegre y quedaron todos confusos. Preguntáronle el modo de tan admirable suceso, y dijo que se había encomendado a la Madre de Dios de Copacabana llamándola, y que una señora hermosísima vestida de blanco le había sacado por entre todas aquellas peñas y puesto en aquel hueco; y que le dijo no tuviese pena, que de allí saldría libre. Salió el dichoso indio libre del daño y esclavo del beneficio, y corrió por toda aquella provincia con admiración la fama del milagro.

En el año 1616 ocurrió un nuevo accidente que afectó a nueve personas, las cuales, al cabo de 16 días aparecieron sanas y salvas en la villa de Potosí gracias al socorro de la Virgen (Arzáns, I, 304-305):

Sucedió, pues, en el mes de abril aquel gran hundimiento en esta mina [de Potosí], quedando encerrados ocho indios y un muchacho pequeño, sin hallar los dueños de la parte de fuera remedio alguno para tanto mal, ni modo para sacarlos. Pasaron algunos días y perdieron las esperanzas de que estuviesen vivos, y así pasaron a mandar decir muchas misas por sus almas. Cesaron las plegarias de las campanas porque eran ya pasados ocho días, y aun de sacar los cuerpos no había esperanza por ser el hundimiento de mucha distancia. Y aunque continuamente de día y de noche estaban 20 indios abriendo nuevamente el camino, no podían llegar

al suyo donde había sucedido el fracaso de encerrarse, disponiéndolo así la voluntad de Dios para que más resplandeciesen sus maravillas.

Llegó el día sábado en que se contaron 16 días de su encierro, y estando el cura en su iglesia de San Pedro celebrando la misa de la Madre de Dios, se alborotó la gente que en esta iglesia estaba, con la noticia de que ya milagrosamente habían salido los indios que estaban enterrados. Al punto repicaron las campanas, acudió toda la Villa [de Potosí] a la iglesia y no tardaron un cuarto de hora en venir los desenterrados indios con mucha gente que los rodeaba. Entraron hasta el altar mayor, donde viendo a la santísima imagen descubierta comenzaron a derramar muchas lágrimas de ternura, y a voces rendían las gracias a la Virgen soberana diciéndole mil ternezas en su idioma. [...] Acabó el cura la misa y en presencia de toda la gente que había concurrido a verlos, les preguntó cómo era su salida y cómo habían vivido tantos días sin el sustento tan necesario a esta humana vida. Respondieron diciendo: "Estando de noche trabajando la mina de repente se hundió muchas varas hasta donde estábamos, y viéndonos en tanto peligro, luego que oímos el ruido llamamos a la Virgen Santísima de la Candelaria de San Pedro, y nos socorrió en todo esta Señora: lo primero, en no coger a ninguno de nosotros en el hundimiento, y aunque nos tapó la salida, no por eso desconfiamos, antes esperábamos el que la Virgen nos había de sacar de allí; lo segundo fue que un cabito de vela que teníamos encendido no se apagó ni se acabó desde aquella noche hasta esta mañana; el tercer milagro que esta nuestra madre y Señora hizo con nosotros fue que no habiendo metido allí dentro ni un mollete que comer, viendo que nos apuraba el hambre le pedimos muy de veras a la Virgen, y de repente hallamos allí unos molletes mejores que tu pan, tan sabrosos y de tanta sustancia que con un bocado tuvimos para todos los días; hasta el agua fue de milagro porque allí no había ni una gota, y cuando tuvimos sed comenzó a salir de una filtración y ésa bebíamos. Así pasábamos muy contentos y siempre pidiendo y esperando que la Madre de Dios nos había de sacar de allí. Pedro y Cristóbal, nuestros compañeros, despertando una vez del sueño que por más descanso habían tomado, dijeron habían soñado que la Virgen les dijo que el sábado, al tiempo de comenzar la misa en San Pedro, saldríamos; pero no sabíamos qué día era ni cuando sería el de nuestra salida. Al cabo, de repente vimos por un agujero pequeño que había quedado cuando se tapó la mina una luz tan grande que parecía el sol; comenzamos a seguirla y milagrosamente se abrió el camino. Fuimos siguiendo la luz (porque caminaba delante de nosotros) y con esta claridad se acabó y consumió la que teníamos; iba a trecho apartada aquella luz y en un instante nos hallamos fuera en la cancha, mas no vimos quién traía tanta claridad porque luego se

nos perdió de la vista, más bien conocimos que era de la misma Señora que a nuestros compañeros señaló el día de nuestro desentierro. Luego que nos vimos fuera, preguntamos qué día era, y nos dijeron que sábado. Quedamos admirados cuando nos preguntaron cómo no nos habíamos muerto en 16 días que habíamos estado encerrados porque a nosotros nos parecía que cuanto más sólo cinco días eran los que habíamos estado dentro”.

En el año 1618 un apiri sufrió un accidente mientras transportaba una carga de mineral a la bocamina, siendo parcialmente enterrado por un derrumbe del terreno, pero le salvó su devoción a la madre de Dios (Arzáns, I, 310-311):

Sucedió en este año de 1618 que en la mina cuya veta es llamada Antona y es una de las cinco principales del rico Cerro [de Potosí], estando en ella trabajando los indios, salió uno de ellos cargado de un costal de mineral. Era este indio muy devoto de la madre de Dios de la Candelaria de San Pedro y se llamaba Lorenzo, y estando en la mitad del camino de aquella mina, cayó un suelto sobre el indio y derribándolo quedó enterrado con solamente la cabeza fuera. Al punto de caer llamó en su favor a esta divina señora diciendo: “Virgen Santísima de la Candelaria de San Pedro, valedme”. Favorecióle no sólo en no permitir que aquel desmesurado trozo lo moliese e hiciese menudos pedazos, mas, (oh piedad de la madre y amparo de necesitados), la misma santísima Virgen se le apareció visible, y levantándolo de los brazos le dijo en el idioma indiano: “Saltama Lorenzo”, que quiere decir “Levántate Lorenzo”, y lo levantó de las manos con las suyas piadosas sano y bueno y lo sacó hasta la boca de la mina. Contó el indio al minero (que estaba afuera) el suceso milagroso, y todo admirado entró al paraje por donde había sucedido y halló tan imposibilitado el camino que sólo a fuerza de indios se tornó a abrir, donde hallaron el costal de mineral y la vela que el indio traía en las manos.

En el año 1653 sucedió un nuevo accidente del que también salieron indemnes los trabajadores indígenas gracias a la intercesión divina. Esta vez, los rescatadores, ante las dificultades sobrehumanas a las que debieron enfrentarse para salvar a los accidentados, echaron mano de la imagen del niño Jesús que estaba entre las manos de la Virgen de la Candelaria, al que introdujeron en la mina como último recurso ante la adversidad, y salió bien (Calancha y Torres, 662-664):

En 18 de enero de este año de 1653, sábado, a las cuatro de la tarde, sucedió en el paraje de Polo y Cerro Rico de la villa de Potosí, con las muchas aguas, que hubo un hundimiento muy grande que causaron los indios de Pongo, que barreaban en minas del Capitán Rodrigo Montero y cogió a cinco indios que trabajaban en mina de Diego de Castro. Eran los indios del pueblo de Yunguyo, en la provincia de Chuquito, dos leguas⁴ de

Copacabana. Son sus nombres: Juan Quispe, Pedro Gualpa, Juan Cagua, Felipe Lucana y Juan Cabrito. Los cuales, estando ya para salir de su trabajo, fue en tanta manera el hundimiento que cayendo mucha soltería de piedras, tierra y lodo sobre todos, quedaron enterrados debajo de más de cien estados⁵ de tierra, en una concavidad pequeña, muy pegados los dichos indios, sin remedio de poderlos socorrer ni esperanza de poderlos sacar para siempre jamás, porque era tanta la inmensidad de peñascos y piedra que alcanzaba hasta el haz de la tierra. No se supo de esta desgracia hasta el lunes, a las nueve del día, porque Diego de Castro, que era el dueño, la tuvo oculta por entender que los sacaría él. Y visto que era imposible el sacarlos, vino un minero suyo a dar noticia del caso y suceso desgraciado al Capitán general de la mina, que lo es hoy Francisco Rodríguez de Orellana, el cual convocó a los veedores del cerro y les ordenó que fuesen a ver si podían sacar a aquellos miserables indios. El cual Capitán Orellana juntó aquel día sesenta indios, dándoles todo lo necesario de luces, callapos⁶ y herramientas. Despacholos al cerro con los mejores Pongos y Pilquiris, indios de valor y confianza, que se escogieron entre todos para hacer reparos y detener la soltería que aún corría y caía hasta entonces, y cayó y corrió muchos días después, entrando por la misma boca de la mina, de donde comenzaron a toda prisa a limpiar, a sacar piedra y meter piedra suficiente para los reparos; de modo que estuvieron trabajando de día y de noche ocho días sin haberlos topado. Visto que no había remedio por allí, fueron por otras bocas de minas circunvenias a ver si hallaban algún paraje por donde dar un barreno para poderlos sacar. Al cabo de doce días, que iban llegando ya cerca de donde los indios estaban, dándoles voces desde afuera respondieron los enterrados muy a lo lejos con una voces doloridas y de cosa que parecía de la otra vida, con que tuvieron los de afuera alguna esperanza de sacarlos. Alentados con esta esperanza los dichos veedores, que siempre asistieron a este trabajo, convocaron a todos los mineros del cerro y, juntando más de ciento cincuenta indios, prosiguieron aquella buena obra trabajando todos con grandísimo esfuerzo, unos por de dentro y otros por de fuera, a que hacía grandísimo estorbo el entrar por la dicha mina un buey de agua. Visto que no podían ni era bastante su trabajo con fuerzas humanas para abrir ni entrar a aquel paraje, consultaron recurrir al favor divino de la Virgen Santísima de Copacabana, y todos bajaron luego a la villa y llevaron el Niño que tiene esta santa Imagen en sus manos, que está en la Parroquia de Copacabana de esta villa; y llevando el Niño al cerro, le metieron dentro de la mina y lo pusieron con luces cerca de aquel paraje donde se oyeron las voces. Estuvo así tres días sin haber conseguido el intento de sacarlos por más que trabajaban, porque era más lo que caía de peñascos que lo que sacaban y repa-

raban, y ya desesperados de alcanzar lo que habían pretendido. El veedor, Juan de Oviedo, que era mayordomo de la Madre de Dios de Copacabana, alzando las voces al cielo, y tomando el Niño en sus brazos, le dijo: "Ea, señor, que vos sois el verdadero minero; aquí no bastan fuerzas humanas; sacadlos vos, Señor, que criaturas vuestras son". Y poniendo el Niño frontero donde los indios mostraban haber respondido, en el paraje adonde estuvo el Niño se hizo un agujero, y trabajando a toda prisa se abrió de modo que hubo lugar bastante para sacarlos por allí.

El domingo dos de febrero, día de la Purificación de la Virgen (que es la fiesta principal de N. Señora de Copacabana), entre las nueve o diez del día los sacaron. De modo que estuvieron enterrados debajo de tierra en más de ciento cuarenta estados⁷ de profundidad, desde 18 de enero hasta 2 de febrero, que fueron dieciséis días, en lo tenebroso de una oscuridad, en frialdad terrible y agua que caía sobre ellos, tan desfigurados ya que apenas parecían hombres.

Sacados, pues, los dichos indios, buenos y sanos, los llevaron a la Iglesia de la madre de Dios de Copacabana, donde estuvieron nueve días a vista de todo el concurso de esta villa, que como a cosa de milagro a tropas los iban a ver, y el dicho Capitán Francisco Rodríguez de Orellana los tuvo en su casa quince días regalándolos; y allí, ante el dicho Capitán, declararon uno por uno, lo que sigue.

Preguntados que cómo habiendo estado tanto tiempo enterrados habían vivido, y qué habían comido o qué les había sucedido, respondieron: Que al tiempo que comenzaba el terremoto e inundación de la mina se encomendaron a la Madre de Dios de Copacabana, que está a dos leguas de su pueblo Yunguyo, a quien llamaron con todo su corazón; y que viéndose enterrados tuvieron siempre una luz que los consoló y acompañó, y que todas las noches venía a visitarlos la misma Virgen Santísima de Copacabana, y les decía: "Hijos, no temáis ni tengáis pena, que yo os sacaré de aquí, aunque vuestro trabajo es mucho." El sustento declararon que había sido por mano de la misma Virgen en esta forma, que poniéndoles unos platos con comida y viandas, que no sabían qué comida era, sólo con verlas estaban satisfechos; y allí tuvieron un manantialito de agua con que vivieron alegres y seguros. Esta tan grande maravilla se celebró y festejó en la Iglesia de la Parroquia de Copacabana de esta Villa, a que concurrió todo el lugar.

El sexto milagro que se presenta ocurrió en el año 1698. Se trata del accidente sufrido por un apiri mientras transportaba mineral del frente a la bocamina, ascendiendo por una especie de burdas escaleras que permitían salvar los desniveles de la mina. Curiosamente es el único relato que hace referencia a las secuelas dejadas por el golpe en el accidentado (Arzáns, II, 393):

Pablo Huancani, natural de esta Villa, y de más de 60 años de edad, indio de buen entendimiento y ladino, siendo de sólo 25 años (según consta de su declaración) estaba trabajando en una de las minas de don Gaspar de Arcibia y saliendo de ella cargado con un costal de mineral por encima de unos callapos se quebró uno de ellos donde pisaba, y como estos palos estaban a manera de escalera al aire, metidos en uno y otro lado, vino rodando por ellos más de doce estados⁸. Tras de este Pablo venía otro indio con la misma carga de mineral, y al punto que vio romperse el palo y que comenzaba a caer con tanta velocidad levantó la voz y dijo en su lengua: "Virgen Santísima de la Candelaria de San Pedro, liberad a Pablo que se mata", que oído por él invocó también a esta soberana Señora, y en un momento después de haber rodado aquel trecho quedó colgado milagrosamente de la barba en uno de aquellos palos, y detenido por las espaldas con el costal de mineral en otro, que al caer se ahogaba sin remedio humano en una laguna de agua que muy abajo le esperaba, en donde jamás pareciera su cuerpo.

El indio compañero bajó tras él con el preciso tiento por aquella escalera, por ver si vivo o muerto llegaba a la tierra (no al agua) y cuando lo vio así colgado, dando mayores voces lo llamó de su nombre, y como no le respondiese entendió estar muerto, y a la verdad casi estaba ahogado con el peso de su cuerpo. Estando suspenso oyó que en voz baja le decía que le ayudase a salir de aquel peligro, que la madre de Dios de la Candelaria de San Pedro, a quien había llamado, le daría fuerzas. Hízolo así, y cuando ya había asegurado medio cuerpo, se quebraron los cueros con que estaba atado el costal a sus pechos (como usan todos los indios para valerse de las manos en ocasiones que se les ofrecen). Quebrados los cueros, al punto cayó el costal a aquella profundidad donde estaba el agua, por donde también se entendió que milagrosamente no se rompieron antes, que a ser así hubiera caído y perecido. Salieron afuera entrambos indios, y dando a Dios y a su santísima madre las debidas gracias, refirieron no sin falta de lágrimas a los mineros el suceso, declarando cómo por haber invocado en su favor a la madre de Dios de la Candelaria de San Pedro se había librado de tan gran peligro. El indio Pablo Huancani para perpetua memoria de este milagro permitió Dios que quedase con el pescuezo algo tuerto, que fue de cuando quedó colgado.

También en el año 1698 sucedió el último milagro de la Virgen que se presenta. Esta vez ocurrió a un español in itinere, camino de su mina (Arzáns, II, 390-391):

Un día en el mes de febrero del año de 1698, martes de carnestolendas, subía este honrado criollo (Bartolomé Serrano, minero mayor de una mina del Cerro de Potosí) a ver su labor en una fuerte y galana mula, cuando de improviso se abrió la tierra por el mismo paraje y vereda que iba y se hundió, ocasionándolo

algún profundo hueco o mina que debajo estaría antigua e ignorada. [...] Bartolomé Serrano era muy devoto de la madre de Dios de Copacabana que está en esta Villa en la parroquia de este mismo nombre, [...] y siendo muy devoto acudía siempre a su iglesia a encomendársele y juntamente ayudaba a los gastos de su novenario y fiestas, como todos los mineros o minadores de esta parte del sol, que así llaman en Potosí la que en su Cerro es el norte, y la que es el sur llaman el sombrero. [...] Siendo, pues Bartolomé Serrano tan afecto a esta milagrosa imagen de Copacabana a quien se encomendaba todos los días, claro es que le había de favorecer en este trabajo, y así permitió Dios que distante mucho trecho de donde se hundió, en la cancha de una labor, estaba un indio, el cual llegándose a su minero español le dijo: "Sabed, señor, que por allí venía un viracocha (así llaman hasta hoy a los de España y a sus hijos los peruanos) a mula y de repente se desapareció y no veo rastros de él". Dióle gran cuidado al minero y por esto le dijo: "Anda y mira lo que puede haber sucedido si no te engañó la vista". Fue el indio y conforme se iba acercando al paraje, oía más unas voces pidiendo favor; llegó y vio que salían de una profunda sima. Asomóse a ella por lo alto, cuando claramente distinguió ser Bartolomé Serrano (a quien conocía), el cual oprimido por todas partes de tierra y trozos de aquel Cerro, milagrosamente se conservaba con vida. Luego que vio al indio le pidió por amor de Dios y por la Virgen de Copacabana le ayudase a salir de aquel peligro. Continuaba el afligido Bartolomé los clamores pidiendo favor a la sacratísima Virgen de la Candelaria de Copacabana, a quien al tiempo de su caída la invocó, y experimentó su divina piedad pues habiéndose hundido más de cinco estados⁹ se perdió la mula y quedó Bartolomé Serrano milagrosamente detenido entre la tierra. El indio le animó con viva fe a que llamase de todo corazón a María santísima mientras iba a traer quien le ayudase a sacarlo. Fue y volvió con otros compañeros, y atando unas con otras sus mantas (por falta de sogas) le echaron el un cabo a las manos y tiraron del otro, y como la Santísima Virgen les ayudaba pudieron sacarlo, dejando Bartolomé enterrada la mula, el capote, espada, espuelas y zapatos, que todo se quedó dentro; y lo que más admiración causó fue que al punto que lo sacaron se tapó el hueco en que sobrenaturalmente había estado

Viendo Bartolomé Serrano cuán piadosamente le había favorecido María Santísima, dio a Dios y a esta soberana Señora las debidas gracias ayudando a dárseles todo el pueblo, a cuyo fin se hizo también un devoto novenario.

Las descripciones de los padres agustinos Calancha y Torres y del cronista Arzáns, que se han reproducido, constituyen sólo un pequeño muestrario de la actividad milagrera de la Virgen de la Candelaria de Copacabana que, para muchos fieles devotos, llega hasta nuestros días.

CONCLUSIONES

Los accidentes mineros ocasionados por el trabajo en condiciones físicas extremas y la falta de medidas de seguridad fueron una constante en la minería colonial. El feliz resultado de algunos de ellos, por inexplicable, fue atribuido a la intervención de la Virgen de la Candelaria de Copacabana (Bolivia) la cual, desde el mismo instante de su azaroso origen y entronización, fue protagonista de situaciones extraordinarias que sólo acertaron a ser explicadas apelando a causas sobrenaturales. Por estas razones, y porque los milagros continuaron sin interrupción desde el primer momento, las imágenes de la Virgen de la Candelaria de Copacabana se extendieron rápidamente a numerosas iglesias del Alto Perú colonial. En Potosí, principal centro minero y ciudad de Sudamérica, se encuentran al menos en seis de sus templos; notables fueron los milagros mineros atribuidos a ellas, especialmente a las acogidas en San Agustín, San Pedro, San Martín y en la parroquia de Copacabana. El carácter milagrero de la Virgen se mantiene hasta hoy día, siendo su santuario del lago Titicaca muy frecuentado por peregrinos de toda condición para gozo de Francisco Tito Yupanqui, que lo estará disfrutando desde el cielo. ☉

BIBLIOGRAFÍA

- Arzáns, B. 1965. *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. 3 tomos. Brown University Press. Providence, 1.464 pp.
- Calancha, A. de la, y Torres, B. de. 1972. *Crónicas agustinianas del Perú*, I. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 943 pp.
- Orche, E. 1998. Minería americana del oro en las épocas precolombina y del imperio. *Boletín Geológico y Minero*, 109 (5-6), 179-196.
- Serrano, C. 1998. La minería en el Cerro Rico de Potosí. Algunas consideraciones tecnológicas. *X Congreso Internacional de Minería y Metalurgia*, Valencia, 121-142.

NOTAS

- ¹ Cien estados: 170 m.
- ² Cuatro estados: 7 m.
- ³ Veinte estados: 33 m.
- ⁴ Dos leguas: 11 km.
- ⁵ Cien estados: 170 m.
- ⁶ Callapo: tronco utilizado como puntal para el sostenimiento de galerías o labores mineras.
- ⁷ Ciento cuarenta estados: 234 m.
- ⁸ Doce estados: 20 m.
- ⁹ Cinco estados: 8 m.